

Disputas intelectuales permanentes en la izquierda marxista de los años sesenta y setenta. Fuego cruzado entre Marcelo Segall, Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea

Permanent intellectual disputes in the Marxist left of the sixties and seventies. Crossfire between Marcelo Segall, Julio César Jobet and Hernán Ramírez Necochea

Mario Andrés González Inostroza¹

Recibido: 2 de septiembre de 2021 · Aceptado: 18 de octubre de 2021

Received: september 2, 2021 · Approved: october 18, 2021

Resumen

El siguiente artículo se aproxima a las disputas historiográficas e intelectuales entre un grupo de historiadores de las izquierdas: Marcelo Segall, Julio César Jobet y Hernán Ramírez. Se sostiene que el fundamento principal de aquellas disputas la inició Segall, pues puso en debate y cuestionó el uso del método marxista respecto al que Jobet y Ramírez emplearon en sus investigaciones, del cual dependía la lectura de la historia y la estrategia política de sus respectivos partidos. Si bien, Segall se reconcilió con Jobet, mantendrá su crítica contra las supuestas apropiaciones de la ortodoxia oficial soviética por parte de los intelectuales comunistas. Así, se analizarán e interpretarán los distintos lenguajes empleados en la lucha, para dar cuenta de las intenciones que los movilizaban en esos años.

Palabras clave: Marcelo Segall, Hernán Ramírez, Julio César Jobet, método marxista, historia

Abstract

The following article approaches historiographic and intellectual disputes between a group of left-wing historians: Marcelo Segall, Julio César Jobet and Hernán Ramírez. It is argued that the main basis of these disputes was initiated by Segall, who questioned and challenged the use of the Marxist method that Jobet and Ramirez employed in their investigations, on which the reading of the history and political strategy of their respective parties depended. While Segall reconciled with Jobet, he will maintain his criticism of the alleged appropriation of the official Soviet orthodoxy by communist intellectuals. Thus, the different languages used in the struggle will be analyzed and interpreted, to account for the intentions that mobilized them in those years.

Keywords: Marcelo Segall, Hernán Ramírez, Julio César Jobet, marxist method, history

¹ Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, marioandresgonzalez82@gmail.com

Introducción

En 1953, Marcelo Segall, a través de su libro *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*,² no titubeó en criticar a parte relevante del arco historiográfico de aquel momento. Salvándose muy pocos de su invectiva, los principales historiadores reprendidos fueron, desde la derecha a la izquierda, Francisco Antonio Encina y Jaime Eyzaguirre, por un lado, y Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea, por el otro. Mas, algunos de estos, no se mantuvieron pasivos frente a las palabras de Segall. Por el contrario, se armaron de ciertas estrategias para encarar los dichos del joven historiador.

De aquello tratará el siguiente artículo, de las polémicas y disputas historiográficas de la época. No, por supuesto, de todas estas,³ sino que restringiéndolas al interior del campo historiográfico de las izquierdas que se fue conformado con el entusiasmo del medio siglo XX y los años sucesivos.

El contexto en que se dio originalmente la polémica y cómo esta se fue desarrollando con el cruce de distintos juicios y argumentos, impide encuadrarla en un marco como si fuera solo una preocupación de estos tres historiadores y una exclusivamente historiográfica. Ramírez y Jobet eran historiadores militantes muy vinculados a sus partidos⁴, por lo que cuando fueron objeto de crítica, los intelectuales de sus respectivas tiendas no dudaron en salir al ruedo político en defensa de estos. Por su parte, a Segall, distante ya de la línea oficial del Partido Comunista (PC), tampoco le faltó apoyo de cierta infantería.⁵ A decir verdad, a la querrela se sumaron distintas figuras del campo cultural e intelectual, quienes no escatimaron espacio en los diversos soportes con los que contaban. Al final de cuentas, la constelación de los agentes implicados fue mucho mayor, debido a que el problema en juego desbordaba lo estrictamente historiográfico.

Por lo mismo, y en vista de que abordar lo anterior demandaría muchas páginas con las que no se cuenta, se privilegiará la tensión que se generó entre estos tres historiadores, la que se extenderá por lo menos durante toda la década de los años sesenta. Pero digamos que, aunque Jobet fue vapuleado por Segall, resolvió sus diferencias con el historiador de los *Cinco ensayos...*, logrando hacer las paces y conciliando algunos postulados de importancia que permitían pensar la historia y la política desde sus particulares ópticas, al contrario de lo que ocurrió con Ramírez.

Teniendo en cuenta lo anterior, cabría preguntarse, ¿por qué razón Segall llegó a descalificar a Ramírez y a Jobet sostenidamente en su primer libro importante?; ¿por qué, incluso, mantuvo la crítica contra cierto grupo de historiadores, vinculados con la izquierda comunista, durante la década siguiente? Respondamos a modo de hipótesis, que fue por una cuestión fundamental

2 Desde ahora en adelante solo *Desarrollo...* o *Cinco ensayos...*

3 Para la recepción de la historiografía de las izquierdas desde una mirada de un sector del conservadurismo, cf., González (2020).

4 Sobre la tensión entre Ramírez y Jobet, cf., Villar (2021).

5 Entre los que promovieron el libro de Segall se encuentran: la revista *Ercilla* (1953); *Política y Espíritu* (1954) y *Julio Tagle* (1954).

en juego: la concepción del marxismo puesta en el análisis histórico. Ni la historiografía ni las decisiones políticas podían explicarse sin considerar la teoría marxista (Grez, 2019, pp.93-115).

Así, en *Desarrollo...*, Segall partió acusando, indirectamente, el objetivo democrático burgués y las alianzas de clases propuestas por los comunistas y socialistas, sobre todo, porque consideraba que esa propuesta ya había tenido su oportunidad en el siglo XIX⁶. El porvenir y la construcción del socialismo, era una tarea que solo y únicamente podía emprender el proletariado. Segall, según su propio dictamen, había llegado a esta conclusión porque su análisis estaba mediado por el método materialista dialéctico, a diferencia de Ramírez y Jobet, que como mucho, enfatizaba, hicieron una “sociología crítica”, con la cual se desorientaba la lucha cuando esta era traducida en estrategia política.

Como se logra advertir, no era menor lo que se ponía en el debate en ese periodo, cuyo trasfondo político e ideológico empezaba a ser dominado por las lecturas respecto a los mecanismos propios que posibilitarían el tránsito a nuevas formas sociales, lecturas e interpretaciones que estuvieron mediadas en lo fundamental, aunque no siendo las únicas, por las luchas entre las corrientes que se enmarcaban en el estalinismo y el trotskismo (Schlez, 2020, pp.53-75;). Con el correr de los años, estas se abrieron a nuevas miradas y enfoques, principalmente, vinculadas con las teorías del desarrollo cepaleanas y prontamente con las de la dependencia, tras las cuales se encontraban fenómenos históricos de grandes envergaduras como lo fueron, entre otros, la emergencia del Tercer Mundo y la Revolución Cubana (Devés, 2007; Beigel, 2006, pp.287-326; Alburquerque, 2020, pp.15-49).

De ese modo, la cuestión del método no podía tener menor importancia, sobre todo, por lo que se derivaba de su uso. La lección que podría extraerse de la historia conduciría a cualquier lugar, menos al socialismo, si ella no estaba articulada por el método del materialismo dialéctico, que hasta esa parte, ningún historiador, salvo Segall, según su propia visión, había puesto a prueba.⁷ Algo muy distinto a esta perspectiva marxista, por ejemplo, había propuesto Hernán Ramírez, en 1951, en su libro *La Guerra Civil de 1891*, del que se podía deducir un apoyo favorable a la estrategia política del PC, en el que militaba.⁸ Dos puntos de vista se confrontaron de modo abierto, aunque provenían de un mismo campo ideológico.

6 Pablo Garrido (2017) estableció las discusiones previas a la formación del Frente de Trabajadores impulsado por el Partido Socialista Popular en 1955, en las que se cuestionaban las alianzas pluriclasistas y el objetivo democrático burgués que defendía un sector del Partido Socialista (PS). Es probable que Segall no haya estado interiorizado en aquello o, quizá, no lo quiso considerar porque aún no era parte de la orientación oficial de este partido, aunque ya estas ideas venían anunciándose desde 1947. Raúl Ampuero, dirigente del PS, en 1961, afirmaba que esta tesis había sido aprobada en el Congreso de Unidad de 1957 (Casals, 2010, pp.81-82), momento en el que el PS de Chile y el PS Popular, decidieron unificarse.

7 Cf., también, Segall (1962, pp.175-218).

8 La revista *Principios* órgano teórico del Partido Comunista, por esas fechas sostenía que el tiempo había comprobado que la línea del Frente de Liberación Nacional trazada en la IX Conferencia Nacional del Partido Comunista de agosto de 1952, aún estaba vigente, agregando que “Lo que beneficia a los imperialistas norteamericanos perjudica cada vez más a los chilenos y, por eso, se comprende también cada día por más amplios sectores nacionales la necesidad de unirse para defenderse y liberarse de la dominación imperialista y feudal que ahoga a Chile.” Cf., Hernández (1953, p.1). Para más antecedentes sobre las estrategias del PC, cf., Daire (2009, pp.124-136).

De tal manera, la siguiente investigación recoge las tensiones propias de una dinámica intelectual con la que tuvieron que lidiar estos jóvenes investigadores. Este trabajo intenta dar con una aproximación de una historia política e intelectual de los historiadores de aquellos tiempos que incluya no solo las tesis defendidas en sus libros, sino que también, las distintas prácticas y esquemas que se pusieron a disposición en el combate discursivo. Los intersticios fueron mucho más complejos, lo que de seguro tuvo efectos inmediatos. Mas, estas mismas pugnas, ya señalan para el presente, que no existía una “escuela historiográfica marxista”, propiamente tal. Por el contrario, tomar distancia entre ellos, explicitar sus diferencias de modo abierto y al público, fue una preocupación latente y sostenida.

Si hemos tomado a Segall como el factor principal en las siguientes páginas, obedece a que no ha concitado aún la atención de la historiografía, siendo que, por lo menos durante un cuarto de siglo, tuvo su momento estelar, periodo en el que se involucró en las luchas que llevarían al proletariado al poder en 1970 con la Unidad Popular, suministrando interpretaciones, lecturas, novedades teóricas y conjugando otro tipo de prácticas y saberes. Segall fue un abierto polemista y así lo hizo ver en los distintos escritos que divulgó, a través de los cuales, aprovechó siempre de estirar la crítica a otros segmentos mientras estos estuviesen vinculados al “comunismo oficial”.⁹

En lo esencial hemos tomado como fundamento teórico el trabajo de Quentin Skinner, como ejercicio de interpretación de los actos locutivos, ilocutivos y perlocutivos que se desplegaron en aquel periodo de tensión. El aporte de Skinner permite acercarse a los lenguajes con que contaban y dispusieron estos historiadores y con ello develar cuál era la intención que los movilizaba y cómo estas fuerzas ilocutivas fueron recepcionadas (2007, pp.185-222). Como esta querrela tuvo contornos más o menos definidos, en cuanto se dio al interior de las izquierdas y sectores que se consideraban progresistas, la noción de campo conceptualizada por Pierre Bourdieu, favorece, a su vez, una aproximación a las estrategias y líneas de fuerza que se pusieron en juego y las posiciones que fueron adoptando y rearticulando los agentes en lucha (Bourdieu, 2002). Ambos enfoques, nos permiten ver puntos específicos en una trama mucho mayor, la que se fue configurando a lo largo de varios años.

En la organización y confrontación del corpus textual, desde los que se comunicaron los juicios de los involucrados, se pueden establecer el movimiento propio en una perspectiva sincrónica y diacrónica. De este modo, las fuentes principales que se utilizarán para fundamentar la siguiente labor, se basan en los diversos soportes entregados a las querrelas de la época: libros, revistas culturales, doctrinarias y de actualidad, las reseñas de libros que constituyen una fuente valiosa para aproximarse al temperamento particular de época y algunos documentos inéditos que ayudan a esclarecer la trayectoria intelectual de Marcelo Segall.¹⁰

9 Con “comunismo oficial”, Segall se refería a los seguidores de la ortodoxia soviética. Cf., Segall (1962, p.193). En este último trabajo de 1962, haciendo gala de erudición, desfilan varios autores que Segall contrapone al dogmatismo del “comunismo oficial” o a la “corriente mecánica”.

10 Estos documentos, en su mayoría manuscritos, están alojados en el International Institute of Social History de Ámsterdam.

En cuatro partes se dividirá este artículo. En la primera, se abordan las críticas que se despliegan contra Ramírez y Jobet en el libro *Desarrollo...* y la propuesta de Segall. En la segunda, se trata la defensa del PC, a través de sus artefactos culturales, y la respuesta de Ramírez a Segall. En la tercera, se examina la crítica que le hizo Jobet a Segall, principalmente en una reseña de libro, además de otros textos, y cómo conciliaron sus diferencias. En la cuarta, a partir de los escritos de Segall, se analiza el debate que, permanentemente, sostuvo frente al “comunismo oficial”.

1. Desarrollo del capitalismo en Chile: crítica abierta contra Hernán Ramírez y Julio César Jobet

El contexto específico en el que fue organizado el libro de Segall, fue bastante particular para el propio autor. Si bien fue un producto de un comunista que llevaba dos décadas de militancia, en ese momento estaba bastante alejado de la línea oficial de su partido. Él mismo relató que parte de la dirección del Partido Comunista (PC) que asumió en 1946, lo fue apartando, debido a que había sido cercano al grupo de Carlos Contreras Labarca, quien fuera Secretario General desde inicios de los años treinta hasta el momento en que fue reemplazado por Ricardo Fonseca (1978a).

Varios autores han sostenido que la tensión de Contreras con algunos dirigentes importantes del PC, se debió a un acercamiento al *browderismo*¹¹, mientras que otros, pero desde un punto de vista de la contingencia política del momento, afirmaron que representaba una línea intelectual al interior de su domicilio político¹², a diferencia del grupo de Fonseca, que proponía una perspectiva más bien obrerista.¹³

Por su parte, Segall en *Memorias de un santiaguino* (1978a), proporcionó una versión distinta de los hechos, pues decía que a Contreras, lo apartaron por la independencia que había adoptado frente a los dictados de la URSS, y no por un tipo de desviación, como se rotulaba por aquellos tiempos. Segall, identificó a Victorio Codovilla, militante y máximo líder del PC

11 Earl Browder fue uno de los dirigentes máximos del PC estadounidense, quien fuera acusado de alejarse de la línea estalinista a mediados de los años cuarenta, acercándose por el contrario a colaborar con Estados Unidos, país que, iniciada la Guerra Fría, pasaba a tomar una posición antagónica frente a la URSS. Para el browderismo y la relación con Contreras Labarca, cf., Furci (2008, pp.74-75). Con más detalle, pero desde la línea que se opuso a este desde las filas del Partido Comunista, cf., Corvalán (1971, pp.159-169). Por último, desde una perspectiva de las relaciones internacionales, cf., Gómez (2010, pp.84-91).

12 Que Segall se comportó como un intelectual, no cabe duda, si lo entendemos como un sujeto que hizo uso de la palabra escrita, organizó determinados espacios para que esta misma pudiera difundirse y gestó las redes necesarias para cohesionar miradas y enfoques. Basta con echar un ojo a las actividades de esos años para ver emerger a un militante con amplias inquietudes por ese tipo de ocupación humana. Digamos, que desde 1944, había puesto mucho empeño en abrirse a las lecturas del marxismo original y su divulgación, manteniendo fluida correspondencia con varios intelectuales latinoamericanos, cuando tan solo contaba con alrededor de 25 años de edad. Si seguimos la caracterización del intelectual, según Germán Albuquerque (2011), Segall, con *Desarrollo...*, vino a coronarse como un “sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes también en posesión de poderes determinados” (p.9).

13 Luis Corvalán (1971, p.195), sostuvo que fue el presidente González Videla, quien, mandatado por el imperialismo y la oligarquía, insistió en esas diferencias para romper la unidad comunista, sin lograr su objetivo.

argentino, como el agente, representante del estalinismo, a quien se le encargó ir a Chile para descabezar la dirección y colocar a Fonseca. Por esa relación, se le fue aislando a Segall y “poco a poco”, según sus propias palabras, se hizo trotskista.¹⁴

El autor de los *Cinco ensayos...*, agregó inmediatamente a esa afirmación, que aquella experiencia “se tradujo en relacionarme con Nahuel Moreno, el maestro de Hugo Blanco y también con otros residentes en Chile” (1978a). ¿Habrà tenido Moreno algùn impacto en las tesis que Segall propuso en *Desarrollo...*? Lamentablemente no se cuenta con antecedentes que señalen de modo específico cuándo conoció a Moreno. En su libro, por cierto, no lo citó, pero esa omisión, no es suficiente para convencerse de que no tuvo cierta inspiración en uno de los líderes del trotskismo argentino más afamado. Si conoció en ese periodo a Nahuel Moreno, es probable que este último le haya dado a conocer o hayan discutido sus ideas que, en 1948, fueron pasadas al papel con el título de “Cuatro Tesis sobre la colonización española y portuguesa en América”, mediante las cuales postulaba formas capitalistas desde el tiempo de la conquista europea, a diferencia de la concepción que primaba tanto en la historiografía liberal como en la comunista de la época, las que veían formas feudales desde ese mismo periodo. El propio Moreno (2015), al igual que Segall en su momento, decía que la falencia de dichas interpretaciones residía en cuestiones de método.

Sin embargo, Segall citó a un autor que tuvo una relación cercana con el mismo Trotsky: Jan Bazant, quien en 1939 había oficiado como secretario de este en México.¹⁵ El joven investigador chileno, justamente lo tomó para sostener que era una de las pocas excepciones entre los investigadores de América que no advertía en la agricultura formas feudales¹⁶ (Segall, 1953, p.97). Aunque Segall no referenció la fuente que utilizó sobre Bazant, es evidente que se trataba del artículo “Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México”, publicado en 1950 en la revista mexicana *El Trimestre económico* (1950a).¹⁷ Al pasar los años, en 1971, Segall afirmaba que en los “análisis y autocríticas históricas de León Trotsky en México, al descubrir en el terreno las ideas convencionales que había en Europa sobre América Latina dieron lugar [a] que su amigo y secretario mexicano Jan Bazant, rompiera con el mito del feudalismo medieval y trasplantado a la América Latina”. Para Segall, Trotsky, había sido el “formador de la corriente innovadora de la historia social latinoamericana” (p.8).

De cara a una definición que persistía en las alianzas de clase por parte del PC, sobre todo con la reafirmación en 1950 inscrita en el *Programa de Emergencia* que desembocaría un par de años después en la constitución del *Frente de Liberación Nacional*, es probable que Segall haya querido provocar, pero sin tener que admitir abiertamente cierta filiación conceptual

14 Estas memorias se encuentran inéditas y solo constituyen un bosquejo mecanografiado de un proyecto que Segall no logró concluir en 1978.

15 Sobre la relación de Bazant con Trotsky, Cf., Bazant (2019, pp.43-71). Para una biografía de Bazant cf., Staples (2013).

16 Pese a que también citó junto a este, a William Z. Foster, destacado militante comunista prosoviético por esas horas, y al argentino Sergio Bagú. Para este último cf., Bagú (1949).

17 En este mismo número, Bazant (1950b), a su vez, reseñó el libro de Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, sosteniendo que la discusión en torno a “si la economía colonial latinoamericana fué feudal o capitalista ... es algo más que una mera disputa verbal, terminológica, pues afecta toda nuestra interpretación o filosofía de la historia y, en consecuencia, se proyecta sobre los conceptos políticos” (p.135).

con el trotskismo, pues los comunistas, a menudo, acusaban ligeramente de trotsquizantes a quienes habían tomado distancia o levantaban alguna protesta contra la dirigencia, tal como sucedió cuando apareció su libro.¹⁸ Por el contrario, Segall, cuando ya se había apartado por completo del PC, en el año 1962, decía admirado lo siguiente de Trotsky: “La concepción dialéctica de la sociedad fue respuesta en su sentido prístino por L.D. Bronstein (L.T), quien elaboró una concepción histórica de desarrollo desigual pero combinado de distintas etapas productivas y culturales dentro de una totalidad abierta y diversificada en movimiento. Punto de vista unitario que responde a la forma completa del desenvolvimiento social” (1962, p.192). Esta identificación, siguió reconociéndola abiertamente en sus siguientes investigaciones.¹⁹

Teniendo aquel panorama, el que por supuesto sigue siendo general, pues no hemos tratado acá su viaje a Europa a fines de la década de los años cuarenta, el que le permitió, entre otras cosas, acceder a novedades teóricas al interior del campo marxista, *Desarrollo...* vino a constituir una propuesta de un militante que estaba alejado de su partido y empezaba a transitar a posiciones trotskistas.

Si las siguientes páginas se centrarán en la polémica que mantuvo con ciertos historiadores de las izquierdas, ello no significa, de modo alguno, que las críticas de Segall hayan estado dirigidas a evaluar las definiciones de ambos historiadores como si solo fuesen expresión de agencias individuales. En las *Memorias de un santiaguino* (1978), el mismo Segall sostenía que la razón de que algunos comunistas lo hayan atacado en el momento de la publicación de los *Cinco ensayos...*, como Orlando Millas o Juan de Luigi, lo que veremos más adelante, obedecía a que él, “en el fondo atacaba la tesis reformista y ‘feudal’ de ellos”, la que defendía la línea política oficial del PC. “En realidad, agregó Segall, los stalianos estaban furiosos, pues destrozé (sic) todas sus tesis” (1978a). Más que mal, Segall, había redactado su libro en tiempos de clandestinidad, cuando el PC experimentaba una derrota al quedar proscrito, entre otras cosas, por la anuencia y la traición, ocupando el lenguaje de la época, de un sector que representaba los intereses de la burguesía y del imperialismo, con la que se quería llevar a cabo la realización de la etapa democrática burguesa. No solo eran inviables las alianzas de clases, sino que además, nocivas para el porvenir del socialismo, truncando la verdadera fuerza que le correspondía al proletariado en aquella misión histórica. Con su libro, se iniciaba una polémica, ahora abierta, contra el historiador comunista Hernán Ramírez, pero también contra un historiador socialista, Julio César Jobet.

Digamos, a modo de presentación, que ambos habían inaugurado el medio siglo con dos obras de importancia, *La guerra civil de 1891* y el *Ensayo crítico del desarrollo económico-social*

18 Un caso paradigmático sobre el “orden condenatorio” de las desviaciones al interior del PC, se puede ver en Loyola (2012).

19 Si bien Segall (1953, p.326), hizo desfilar todo un elenco de intelectuales marxistas desmarcados de la ortodoxia soviética, como Lukács, Gramsci, Banfi, Lefebvre, Goldmann, entre otros, no se advierte el uso de los conceptos acuñados por estos pensadores. Solo menciona a estos autores, sin profundizar sobre ellos ni menos referenciar las obras que de estos trató. Por el contrario, sí se advierten algunos elementos que la tradición trotskista latinoamericana había fraguado y fortalecido por esos años, la relativa a considerar la región como capitalista desde la conquista y que la burguesía era incapaz de realizar la etapa democrática burguesa, supuesto fundamental del libro de Segall. Cf. Coggiola (2006, p.166). Por último, debe consignarse que en *La revolución permanente* (2001), Trotsky había criticado las alianzas de clases con la burguesía y el etapismo, lo que compartía Segall, como ya hemos visto.

de Chile, respectivamente, generando una discusión abierta y largamente alimentada por la opinión pública de la época.²⁰ Aproximándose a la historia bajo la mirada del marxismo, rompieron con las interpretaciones políticas habitadas por los historiadores del momento. Ramírez (1951), a partir de una lectura leninista del imperialismo, propuso que la contienda había sido producto de la penetración inglesa y la venia de la oligarquía frente al proyecto progresista y modernizador del presidente José Manuel Balmaceda, y, por su parte, Julio César Jobet, en su ensayo, pretendía entregar una “visión panorámica del proceso social en una síntesis histórica y sociológica”, que superara el factor político predominante en las explicaciones históricas, revelando a su vez, la lucha constante del pueblo, sujeto silenciado por las historiografía tradicional (1951, p.5).

En cambio, el propio Segall enfatizaba de modo abierto y sostenido que su mirada partía sobre la base del marxismo original, entrando a polemizar en el propio terreno de las izquierdas, como se ve, y no fuera de este, desde el cual provinieron las primeras críticas a las obras de Ramírez y Jobet, especialmente, desde los círculos conservadores. Precisamente, Segall, en *Desarrollo...*, se había empeñado en rebatir el marxismo que los dos autores habían puesto a prueba en sus trabajos, tarea que se reveló prácticamente a lo largo de todo el libro, por lo que cuando formulaba un determinado juicio, reunía bajo el mismo a ambos historiadores. Valiéndonos de lo anterior, acá se abordarán juntos, pues fueron objeto de una misma crítica, donde las diferencias que Segall veía entre Ramírez y Jobet, por lo menos en esas horas del día, no eran mayores.

La primera diferencia que hizo de sí mismo respecto a Ramírez y Jobet, era que él aseguraba partir su estudio desde el “método analítico de la concepción histórico marxista, vale decir materialista dialéctica”, método propuesto por Marx en *El Capital*. Decía que solo por ese camino científico se podría alcanzar “una síntesis integral de la evolución histórica nacional”, y que por esa misma razón, se había propuesto criticar dos libros recién publicados que pretendían analizar la historia desde el punto de vista marxista: Jobet y Ramírez (1953, p.34).

Para Segall era fundamental adoptar una posición frente a ese supuesto marxismo, en vista de que se corría un peligro inminente, ya que ambos historiadores habían formado a un “grupo de fieles” que conducirían a una mistificación teórica que llevaría a las masas por caminos errados. Como se percibe, era una doble crítica, la que tenía que ver tanto con el método desde donde se analizaba el devenir histórico, como con las consecuencias que para la política podía tener el resultado del mismo. Les cuestionaba, de ese modo, que fueran el “reflejo intelectual de sus filiaciones” políticas (1953, p.34).

Por su parte, Segall sostenía que el país ya contaba con formas capitalistas desde los tiempos de la conquista y que la burguesía minera que se había desarrollado, había tenido su oportunidad en el siglo XIX, dando la “emancipación política nacional”, intentando cumplir con su deber que era la creación de una industria. Pero en el momento en que Segall hizo su reflexión, la “emancipación social”, solo podía ser obra del proletariado, en el que debía jugar “un papel destacado, múltiple y decisivo”. Decía que en “él está basado el futuro de la sociedad hu-

20 Para el caso de Jobet, cf., Elgueta (1997) y para el caso de ambos historiadores, Villar (2021).

mana integral: la liberación total del hombre” (1953, pp.26-27).. Era una lectura muy distinta a la que había propuesto Ramírez y la línea oficial del PC. Para el joven investigador, la tarea del día estaba muy lejos de demandar una alianza política entre el proletariado y las fuerzas progresistas burguesas para encarar la condición semifeudal y la subordinación del país al imperialismo.

Segall afirmaba que en el siglo XIX, ya existía una clase social burguesa dividida en tres segmentos (mineros, industriales y terratenientes), los que enfrentados entre sí, aspiraban al control del Estado. En esta lucha podía hallarse la “explicación de la dialéctica histórica y del curso de la política chilena desde 1810 hasta 1890” (p.23). Los terratenientes que controlaron el poder ejecutivo, impidieron el desarrollo normal y le opusieron ciertos obstáculos a la modernización del capitalismo industrial. Simultáneamente a este desarrollo de la “burguesía industrial chilena”, se conformó la clase obrera. De ese modo, Segall decía que lo que intentó era “presentar una síntesis del desarrollo del capitalismo chileno” desde 1848, cuando las capas sociales burguesas se aliaron con la clase obrera para poner fin a los resabios del latifundio, sin lograrlo. Segall, a propósito, expresó lo siguiente:

La desigualdad de la transformación económica nacional con el grado del desenvolvimiento del capitalismo europeo, dió origen a la derrota de la emergente burguesía industrial chilena, pues cuando en su auge y crecimiento logró dominar, en parte, el poder del Estado, nuevos problemas aparecían en el escenario. Los formados por la transformación del capitalismo, de su etapa librecambista al monopolio, y también del mercantilismo al capital financiero, problemas correspondientes a la estructura económica general. Y en otro aspecto, el ascenso de la burguesía industrial chilena se produjo tardíamente cuando la clase obrera presentaba su propio frente de clase independiente, combatiendo por sus propios intereses con su propia conciencia política (1953, p.25).

Como se aprecia, Segall propuso que aquella alianza ya se había dado en el siglo XIX, la que se había frustrado en 1891 con la Guerra Civil, en la que el capital monopólico se anteponía sobre el capital nacional. Reeditar esa alianza en el siglo XX, era un absurdo y un despropósito, tal como lo promovía el PC.

Teniendo en cuenta el panorama anterior, ahora se abordarán los juicios sobre Ramírez y Jobet. La primera gran crítica que Segall hizo de ambos historiadores, fue justamente asegurar que no eran marxistas, deduciendo con ello, que tampoco lo eran los partidos donde militaban, ni menos la estrategia política que en esa época estaban empleando. Aquí se puede advertir que la arrogación del marxismo era uno de los grandes problemas que aquejaba al sector de las izquierdas, cuya polémica, por cierto, no terminaría allí. Estos historiadores no solo no se veían como parte de una misma escuela o tradición, sino que se disputaban el marxismo para sí.

Refiriéndose a estudiosos “menores”, Segall expresaba no querer restarles méritos a Ramírez y Jobet, puesto que habían intentado una explicación histórica alternativa desde un án-

gulo crítico.²¹ No obstante, agregaba que la contribución de ambos era más simbólica que otra cosa. Caían en un moralismo y subjetivismo cuando explicaban la historia, acusando a unos de buenos y a otros de malos. De esa manera, ni eran marxistas estos historiadores ni lo que estaban elaborando era “historia científica”.

La característica de una historia científica es que ofrece en primer término, la pintura verídica, históricamente concreta: ni el frío análisis económico; ni la descripción simple del héroe político, de gran estilo y alto vuelo, ni la del rapaz aventurero especulador imperialista y sin escrúpulo; sino, al contrario, para responder a una exigencia científica se debe partir de la sociedad y del hombre real (p.34).

Por ahora dejaremos a Jobet para enfocarnos en Ramírez. La gran crítica que le hizo a Ramírez, se debía a que este, para Segall, se había apropiado del determinismo económico. El “economismo”, decía el joven autor, había conducido a Ramírez a excluir la existencia de las clases y sus ideologías, partidos y luchas sociales, por lo que su propuesta si bien era crítica, de ningún modo podía considerarse marxista. Para Segall, el materialismo concebía mucho más que contradicciones económicas. Si en algo residía su importancia y novedad, era justamente en que veía “la acción de la sociedad total y del hombre a través del movimiento de las clases, la formación de su conciencia social y la evolución dialéctica (revolucionaria) de los medios de producción” (p.35).

Hablar de imperialismo no era más que una abstracción, crítica y condenatoria, pero nada más que eso, a lo sumo, decía Segall, una sociología corriente. No podía ser materialista una concepción que solo veía “reacción” o “imperialismo”, cargada de moralismo, por lo demás, si no lograba dar cuenta de la lucha de clases. Si Ramírez omitió la gran huelga y masacre durante el gobierno de Balmaceda, obedecía justamente a que por el uso de un método estático y de crítica simple, le impedía ver el desenvolvimiento capitalista en esa etapa. Para Segall, Ramírez estaba entre los historiadores que daban una explicación histórica incompleta, debido a que no concentraban un proceso total (pp.37-38).

El propio Segall, más adelante, se preguntaba lo siguiente: “¿Corresponde la obra de Ramírez a la concepción marxista?”, a lo que respondía inmediatamente: “Ni a ésta, ni tampoco a la historia informada, simple y corriente”. Es que Segall denunciaba que para Ramírez, en la época de Balmaceda, no existían “ni la producción ni la reproducción, ni el proletariado, ni la burguesía, ni el capital, ni las huelgas”. Expresaba que para este, solo se hallaban “dos esferas sociales

21 Segall, de paso, criticó a Volodia Teitelboim, por pretender hacer pasar su libro *El amanecer del capitalismo y la conquista de América*, como una primera manifestación del pensamiento marxista en historia. Lo primero que expresaba Segall, era justamente que el método empleado por Teitelboim, no era “exactamente marxista, sino una prolongación de la historia social económica estilo Henri Pirenne; o sea omite y hace abstracción de la teoría del valor y de la lucha de clase concreta”. Además de no ser dialéctico, formulaba juicios subjetivos, lo que ahora, decía Segall, podría denominarse como historia ficción. Si hubiesen llegando los alemanes a colonizar a América, cuestión que le aquejaba a Teitelboim, según Segall, no hubiese sido nada más que el desarrollo de formas capitalistas superiores, pues la historia jamás retrocedía, sino que siempre avanzaba (p.71). En otro pasaje del libro, volvió a interpelar a Teitelboim, sosteniendo que se había convertido en un novelista “extraviado en la prosaica historia”, la misma que concebía la historia de Chile como feudal o semifeudal (p.317).

chilenas regresivas: el latifundio y los bancos, ligadas a una fuerza económica extranjera, el imperialismo, con su derivado, el soborno.” Pero aunque podía ser un sociologismo general, lo peor de todo, era que Ramírez, siendo un profesor de historia, olvidaba su oficio. Incluso, no dudó en afirmar que cuando este no se fundaba en el conocimiento de otros autores, como en Roberto Hernández y Guillermo Billinghursts, no era más que una “acumulación de incultura”, a diferencia de la de Jobet, que era de “otro calibre”, siendo una obra informada (pp.253-255).

Obsérvese ahora lo que sostuvo sobre este último. Aunque era recurrente la afirmación de que Chile era un país de historiadores, para Segall la biografía nacional estaba incompleta. En tanto país minero y exportador, no se había estudiado esta parte de la historia ni menos a la clase obrera. Segall consideró algunas tentativas de trabajo profesional, en las que incluyó a Jobet, pero evaluándolas como esfuerzos precursores e interesantes, nada más (p.31). Tal como ya se expresó, Jobet, al igual que Ramírez, caía en lecturas moralistas y subjetivas. Ese moralismo, según Segall, provenía del espíritu proudhoniano de la *Filosofía de la miseria*, puesto que el autor francés, “utopista y padre del anarquismo”, solo encontraba “‘contradicciones económicas’ y latrocinios” (p.35).

Segall indicaba que, de modo idéntico a Ramírez, Jobet no veía la acción total de la sociedad, las clases y los medios de producción. El historiador socialista atacaba en abstracto lo que denominaba como oligarquía, como si esta fuera “un fardo cerrado”, sin capas sociales. Además, considerar el “fundo nacional actual como feudal o casi feudal”, era “una aberración teórica”, sentenciaba (p.36).

Así, lo más importante para Segall era la cuestión del método, pues si bien Jobet creía ser marxista, utilizaba “procedimientos ético-críticos tan improbables” como los de otros historiadores, a quien comparaba con el historiador conservador y nacionalista Francisco Antonio Encina. No trepidó en afirmar que Jobet era discípulo de este último, por cuanto el historiador socialista consideraba a toda la “oligarquía” responsable de la “debilidad económica nacional” producto del “despilfarro y el lujo de los detentores de la propiedad” o la lamentable realidad chilena como producto de la “‘pésima actuación de la oligarquía’” (p.61). En otra parte del libro, decía que el odio a la oligarquía de Jobet era el mismo racismo encinista, pero al revés (p.129).

Estos juicios para Segall revelaban la ignorancia de que toda la actuación humana, sobre todo, la propia de la sociedad capitalista, se movilizaban por intereses. La crítica pequeño burguesa proudhoniana de Jobet atribuía un “predominio de cierta moral o ética práctica sobre la realidad económica y clasista”. Si Segall consideraba que esas opiniones o posiciones debían ser cuestionadas, era porque al final de cuentas, por más que no fueran científicas, terminaban siendo divulgadas y constituyendo “el fundamento teórico de la insostenible realidad existente”, lo que ya había manifestado en otra ocasión. Estas cuestiones, de teoría, método y política, tenían “múltiples proyecciones en problemas contemporáneos de importancia vital y no sólo de carácter cultural” (p.61). Para Segall:

Son juicios y proyecciones historicistas llevados a un terreno teórico práctico, [que] conducen a omitir las causas concretas de una situación dada, reemplazándolas por acusaciones de tipo individual o psicológico. Este problema, lleva-

do a un plano teórico superior, refleja una posición doctrinaria que rechaza la primacía de la necesidad y afirma la de la ideología (p.61).

Segall expresaba que si había conducido la crítica en esa dirección contra Ramírez y Jobet, era con el fin de puntualizar el error general que provenía de dos causas: “La primera, del acatamiento formal que Ramírez y Jobet han proclamado, cada uno desde su campo partidario, al aspecto político del marxismo. Y la segunda, de haber aplicado los dos autores tales o cuales exposiciones economistas a determinados temas” (p.256).

Por último, y en una dirección un tanto distinta, a Segall, le afligía la condición académica que detentaba Ramírez, la que cuestionaba abiertamente. Decía que le parecía lamentable la demostración del nivel crítico general de cierto sector universitario” al que no le atribuía más mérito que uno de “carácter político: la atención de la corrupción...” (p.254). Si muchos puntos se asemejaban entre Ramírez y Jobet, manifestaba, contradiciéndose cuando ya había indicado que ambos expresaban las filiaciones políticas del partido en el cual militaban, era producto de una generación estudiantil del “Instituto Pedagógico”. Segall, en su mismo libro, ironizaba que ciertas memorias universitarias que habían abordado asuntos relativos a la historia de los trabajadores, sobre todo de estudiantes de derecho de la Universidad de Chile, no hacían más que despedir “su juventud generosa con bosquejos y ensayos. Son como su ‘Adios’ a las aulas, que son siempre revolucionarias” (p.31).

Segall, a diferencia de estos historiadores y otros tantos, como Jorge Barría, Álvaro Jara o Fernando Ortiz, no pasó por las salas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ni por las escuelas de derecho que fueron frecuentadas por los futuros historiadores conservadores liderados por Jaime Eyzaguirre (González, 2019). Por el contrario, solo había cursado Sexto de Humanidades, siendo *Desarrollo...*, el fruto del trabajo de un autodidacta. Con el mismo esperaba dar un salto para ganar un concurso y así obtener una plaza en la universidad pública como investigador en el Instituto de Sociología de reciente creación. Al parecer, le fue mal, pues solo a mediados de la década de los sesenta logró incorporarse a esta (González, 2021).

2. El bloque del Partido Comunista

a. Juan de Luigi y la crítica desde *El Siglo a Desarrollo del capitalismo en Chile*

El día domingo 29 de noviembre de 1953, como era habitual en *El Siglo*, apareció en las páginas destinadas al ámbito cultural y a las letras una reseña de los *Cinco ensayos...*, de Segall. Apenas había pasado un mes desde que asomó el libro de este novel historiador y el periódico del PC tomaba una postura frente a él. No fue, por cierto, una crítica favorable a la investigación de Segall, ni tampoco una defensa exclusiva sobre Hernán Ramírez, aunque, adviértase, las descalificaciones de que fue objeto este último no se dejaron pasar sin más.

En esta ocasión, fue el crítico literario y colaborador permanente de *El Siglo*, Juan de Luigi, quien reseñó el libro de Segall en un artículo que llevaba por nombre “Marxismo y An-

timarxismo”.²² Fueron varias las críticas que le consignó este autor, algunas, curiosamente, en defensa, por ejemplo, de Julio César Jobet y Jaime Eyzaguirre, historiador hispanista que también fue blanco de las críticas de Segall. No obstante, el núcleo central consistió en advertir que Segall caía en la misma trampa que había denunciado a lo largo de su libro, vale decir, el uso de un marxismo dogmático que negaba los principios del método marxista.

A través de una serie de ejemplos, de Luigi intentó demostrar cómo Segall se fue contradiciendo en la aplicación de este método. Afirmó, que cuando el autor advertía que se caía en una aberración teórica al considerar que el Chile colonial era un país semifeudal, no hacía más que demostrar una posición en la que él también sucumbía: “la posesión de algunas ideas marxistas y el uso de una concepción dogmática metafísica en el estudio de los procesos”, decía de Luigi. Esto, por cuanto Segall, para contradecir la tesis del Chile semifeudal, había expresado en su obra que él no sabía que existieran “siervos de la gleba ni corporaciones de artesanos, ni señores feudales con ejércitos particulares; sino, al contrario, (regía) el más corriente mercantilismo, el de la venta de las fuerzas humanas de trabajo.” Juan de Luigi, en cambio, afirmaba lo siguiente frente a lo aseverado por Segall:

la incompleta y superficial caracterización del feudalismo, tienen el defecto aún más grave de considerarlo no como proceso, sino como cosa idéntica a sí misma, es decir estática, que es o que no es, lo que constituye la negación de uno de los principios dialécticos, cual es, el de la no existencia del principio de identidad. Considerado más históricamente, ninguna de las notas apuntadas de Segall es imprescindible para la existencia del feudalismo como forma de explotación económica; y la prueba es, por ejemplo, que en los tiempos anteriores a la Revolución Francesa no existían ya señores que mandaban su propio ejército y, sin embargo, había explotación feudal.

Así como de Luigi reprochó las “violentas críticas e inmerecidos ataques” contra Hernán Ramírez, se advierte, que también impugnó las afirmaciones de un Chile capitalista y de producción minera en tanto motor de la economía desde la conquista. Pero también, rechazó la negación del imperialismo inglés que brotó de las páginas de Segall, lo que concebía como producto de un uso del materialismo dogmático, acompañado de falta de rigor. De hecho, finalizó su artículo afirmando que, por esas mismas razones, era de suma importancia establecer que el libro de Segall nada tenía que ver “con el marxismo y mucho menos con el marxismo-leninismo-estalinismo”.

El acto ilocutivo de Segall, tuvo su recepción, como se advierte, de modo inmediato por parte de un sector político determinado, al que iba preferentemente dirigida la fuerza de las palabras. Se confrontaban las dos posiciones discursivas que estaban predominando en la época al interior de la izquierda, que no lograrían resolverse en el transcurso de los años.

22 Lamentablemente, este documento recuperado de un microformato alojado en la Biblioteca Nacional, no se visualiza del todo bien, por lo que hemos intentado ser coherentes respecto a lo planteado por de Luigi. Como el artículo solo ocupó una página del diario, no se referenciará las citas que a continuación se empleen.

b. Fuego cruzado: La revista *Aurora* y Orlando Millas, una respuesta a Segall

Mediando unos cuantos meses, en julio de 1954, en el primer número de la revista *Aurora*, dirigida por Volodia Teitelboim, se puso en juicio a Segall desde otra trinchera comunista. En esta ocasión fue el militante Orlando Millas, quien en un artículo denominado “La lucha por la verdad en la historia de Chile”²³, criticó a Segall y, también, dicho sea de paso, a Jobet, a diferencia de Juan de Luigi, quien lo había defendido.

El artículo de Millas, según sus palabras, tenía por propósito presentar hasta esa fecha, un panorama sobre el estado de la producción historiográfica nacional y promover el estudio científico de la historia patria. Llamaba la atención, puesto que desde su perspectiva, el imperialismo norteamericano había desplegado su ofensiva colonizadora también en el frente ideológico. Lo cual, no hubiese tenido tanta importancia, si es que la reacción no hubiese ocultado deliberadamente, tanto la producción científica de la historia que se estaba elaborando en esos momentos, como la colaboración de algunos “‘ensayistas’ sedicentemente populares” con los historiadores hispanistas en la “labor desorientadora”. Es que para Millas ocurría algo idéntico a la política: así como la acción de los partidos políticos de la oligarquía se complementaba con elementos divisionistas al interior del pueblo y del proletariado, en la historia ocurría lo mismo con ciertos “seudohistoriadores” (p.62).

Si bien partió considerando en primer lugar a Jobet, sostenía que a la obra del historiador socialista, “sedicentemente popular y de falsificación histórica”, había que incluir una nueva: *Desarrollo del capitalismo en Chile*, de Marcelo Segall.²⁴ Con el mismo tono que había ocupado Segall en su libro, Millas decía que este nuevo “‘historiador’ está destinado a un público de menor cultura.” Además de carecer de seriedad, confundía “conceptos tan elementales como capitalismo y relaciones mercantiles y una gran desenvoltura para deducir de esos errores toda clase de conclusiones enlazadas por silogismos”. Asimismo, le criticaba que hubiese hecho uso de una cantidad de libros que, seguramente, si se hubiesen leído como correspondía, no lo habrían arrastrado a la formulación de aquel tipo de razonamiento. Daba la impresión que tanta cita se hacía por el “mero afán de aparecer erudito en forma barata”, sentenciaba crudamente el militante comunista (p.64).

Millas, no podía separar a ambos historiadores, pues aseguraba que respondían a un común denominador: el trotskismo. Si bien avizoraba un “presunto respeto formal” por Lenin, consideraba que destilaban el antileninismo propio de este sector político: “Jobet ataca con

23 El diario *El Siglo* (1954), semanas antes, había anunciado el apareamiento de la revista *Aurora*, destacando algunos artículos que aparecerían en su primer número. Entre estos, subrayó que aparecería un “Interesante estudio sobre interpretación de nuestra Historia. Una crítica a fondo de la obra de Julio César Jovet (sic), ‘Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile’ y del libro de Marcelo Segall ‘Desarrollo del capitalismo en Chile, falsamente presentados como enfoques materialistas sobre nuestra historia nacional’” (p.8).

24 Sobre Jobet, Millas decía que no se distanciaba tanto de los prejuicios racistas de Encina cuando afirmaba, en su libro más afamado, que la clase media se había refinado con el estudio y con la inmigración europea aportándole sangre nueva que permitía que sobresaliesen tipos superiores o cuando Jobet “empleaba profusamente frases antiimperialistas”, mientras que frente a los problemas concretos proponía lo contrario. Pero no solo eso, Millas afirmaba que en este mismo texto se podían advertir injurias contra el pueblo, exaltaciones de libros saturados “de odio antiobrero”, tergiversaciones de acontecimientos relacionados, por ejemplo, con la figura de Recabarren y el PC (p. 63).

saña reaccionaria a la Unión Soviética y Segall combate los principios de Lenin sobre el imperialismo”, terminaba el párrafo (p.65).

En esos momentos en que se disputaba la cientificidad y las bases sobre la que se debía levantar la interpretación histórica, Millas rotulaba que no se podía ser científico sin asimilar lo que había propuesto Lenin respecto a los límites de la historiografía burguesa y el camino que cabía andar para conseguir una investigación de esas características.

En nuestra época no puede concebirse el marxismo al margen de los aportes de Lenin y Stalin. Las falsificaciones de la Historia acometidas por Jobet y Segall son, simplemente, una nueva comprobación de que sobre la base espuria del trotskismo es imposible abordar cualquiera investigación histórica seria (p.66).

Así, la tarea en esos momentos era mayor, debido que al existir ya un frente reaccionario que estaba escribiendo la historia, en el que Millas incluía desde el hispanismo hasta el trotskismo, se debía poner todas las fuerzas para levantar otro frente que concibiera una labor científica que procurara “un aporte valioso a la lucha de los chilenos por la independencia, la libertad, el bienestar y la paz” (p.69). La posición que adoptó Millas, se inscribió en el marco de la Guerra Fría cultural, en la que el Congreso por la Libertad de la Cultura y el Congreso por la Paz, fueron sus grandes expresiones. El PC, había optado por alinearse con el segundo, y desde allí se lanzó la crítica a Segall, quien justo por esos años había publicado su investigación. No pararía allí la tensión. Por el contrario, las luchas intestinas irán cobrando fuerza y se irán acentuando con el correr de los años. De hecho Segall, en 1968, en la revista *P.E.C.*, aún recordaba estas críticas que le hizo Millas, a quien calificó como un “charlatán.”

c. Historia del movimiento obrero en Chile: una respuesta de Hernán Ramírez a Segall

Se desconoce si antes de la publicación de *Historia del movimiento obrero en Chile* (1956), aparecido tres años después de la investigación de Segall, Ramírez le respondió por lo dicho en Desarrollo... No obstante, en este nuevo libro, no dejó pasar aquellas descalificaciones.

Antes de abordarlas, cabría decir que Ramírez reafirmó su interpretación de un capitalismo industrial truncado y un sector agrario feudal que hicieron imposible una revolución democrático-burguesa en el siglo XIX (pp.199-100), lo que podría considerarse como una contestación indirecta al libro de Segall, quien sostenía lo contrario. Pero esto último, junto con el tema central de su nuevo libro, no parece que constituyan una réplica a los cuestionamientos que Segall le hizo por la omisión de la lucha de clases y el desarrollo del movimiento obrero en *La guerra civil de 1891*.

La razón es la siguiente. Los asuntos tratados por Ramírez, eran parte de un programa de estudio y de investigación que al historiador comunista le interesaban con anterioridad y que propuso con la creación de la Cátedra de Historia Económica y Social en 1952 en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en el que se integró luego de su exilio en Panamá.

Tanto Iván Ljuvetic (1954) como Fernando Ortiz (1956), estudiantes, militantes comunistas y discípulos de Ramírez, por estas fechas, estaban abordando en sus tesis temas similares y bien colindantes con las del maestro. Además, esta preocupación venía a revelar una inquietud que tenía por objetivo inmediato dotar al proletariado organizado con una historia de su propio porvenir, sobre todo en el contexto del tránsito del Frente del Pueblo, creado en 1952, hacia la conformación del Frente de Acción Popular en 1957 (Casals, 2010, pp.21-77), por lo que no habría que perder de vista esta articulación entre historia y política mucho más amplia entre aquellas investigaciones y la militancia. Como ya se manifestó, aquellas disputas se inscribían en una constelación discursiva de mayor alcance, utilizando los agentes en lucha, los lenguajes a disposición.

De esa manera, la estrategia que adoptó Ramírez para encarar los dichos de Segall tuvo otro talante. En *Historia del movimiento obrero en Chile*, lo mencionó tres veces, por lo menos, de forma explícita, identificándolo por el nombre del libro de este autor o el año de su publicación, pero no por su nombre directo. Así, se refirió a Segall como “el autor de unos pretendidos ‘ensayos dialécticos’ pomposamente titulados ‘Desarrollo del capitalismo en Chile’” (p.258), el “ensayista” o “en 1953, un autor de gran fantasía...” (p.169). En aquellas menciones, todas a pie de página, Ramírez ponderó una crítica de carácter más bien disciplinar: recalcó la falta de rigor histórico y la imaginación del autor para crear hechos o relaciones históricas sin asidero en la realidad. Con el mismo tono que en su momento Segall empleó para descalificarlo a él, Ramírez se refirió a este, por ejemplo, como un autor “guiado por una fantasía propia de cuentista,” (p.297), enfatizando que Segall tenía “muy poco respeto por la objetividad histórica” (p.169).

El historiador comunista sostenía que esta falta de objetividad y ensueños de Segall, se podían hallar en relaciones directas entre ciertas asociaciones chilenas de trabajadores, algunas inexistentes, y la Asociación Internacional de Trabajadores, en las que omitía fechas “maliciosamente” para poder llevar a cabo aquella relación (pp. 169 y 258). Del mismo modo, lo acusó de interpretaciones absurdas, cuando estableció la muerte de unos cinco mil trabajadores durante la huelga en Iquique de 1890, sin señalar las fuentes de su información, pero expresando que el historiador Francisco Encina había hecho fluctuar los obreros muertos entre 2.000 y 5.000. Ramírez decía que al “hacer esta afirmación, el ‘ensayista’ miente con todo descaro, ya que Encina en ninguna parte hace afirmaciones tan absurdas como las que él le atribuye”. Y agregaba lo siguiente:

Por lo demás, la afirmación de que fueron asesinados 5.000 obreros no resiste al menor análisis. Una matanza de esta magnitud habría sido la más gigantesca masacre en la historia de las luchas sociales de Chile, y hubieran sido absolutamente vanos los esfuerzos para ocultarla tanto a los contemporáneos como a la posteridad; pues bien, ninguna fuente oral ni escrita señala un hecho tan enorme. Por otra parte, una matanza como la señalada hubiera significado la liquidación de la mitad de los obreros que trabajaban en las salitreras, lo que indica cuán absurdo es sostener tal aseveración (p.297).

Como se advierte hasta acá, Ramírez mantuvo su crítica en el orden de la rigurosidad historiográfica²⁵, sin involucrarse en los temas que Segall le increpó en *Desarrollo...*, relativos a la metodología marxista puesta en marcha en sus investigaciones. Quizá, lo que Ramírez sostuvo en el II capítulo de su historia del movimiento obrero, “Amanecer del movimiento socialista en Chile”, cuando explicitó su adhesión a los “principios fundamentales del socialismo científico”, haya formado parte de otra respuesta a Segall. En esto, aparentemente, se distanciaba del autor de los *Cinco ensayos...*, pues, aquellos principios los tomaba de algunos párrafos del libro *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, en el que se entregaban sintéticas “las enseñanzas de los fundadores del socialismo”, decía Ramírez (p.201); al contrario de Segall (1953, p.68 y 326) que manifestaba partir del método mismo aplicado por Marx en *El Capital* y de algunos importantes intelectuales marxistas que no se ceñían a fórmulas rígidas producidas por la ortodoxia soviética, lo que al parecer no le importó mucho a Ramírez.²⁶

3. Julio César Jobet y Marcelo Segall, ires y venires

a. Jobet: una respuesta tardía a Segall

Si bien el PC salió al ruedo, inmediatamente, tras haber aparecido *Desarrollo...* para cuestionar tanto las sentencias descalificadoras contra Hernán Ramírez como algunas de las tesis que Segall propuso, Jobet tardó cuatro años en formularle una réplica al joven historiador, haciéndola circular a través de los *Anales de la Universidad de Chile*, en 1957. ¿Por qué razón se tomó tanto tiempo?

Años antes, Jobet, había publicado un par de libros en el mismo campo de los problemas tratados por Segall, sin manifestar ningún tipo de desacuerdo con este autor, por lo menos, directamente. Si bien en *Los precursores del pensamiento social en Chile*, de 1955, no mencionó a Segall, sí lo hizo en *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, también de 1955, pero para señalar que dispuso de la obra *Desarrollo...* en su corpus bibliográfico (pp.81 y 176), con lo cual, dicho sea de paso, promovió al autor que años atrás no había retrocedido en criticarlo, acción bien destemplada, como ya se vio.

A primera vista, en la reseña de Jobet, se hace difícil captar el hilo conductor, sobre todo, si a esta le destinó ocho páginas, en un formato ya extenso, como era característico en aquella

25 En investigaciones posteriores, se ha hecho mención justamente a la rigurosidad de Segall. Sergio Grez (2007, pp.628-629), en varias partes de su libro advirtió de ciertos errores contenidos en algunas de sus afirmaciones, cuestión que también logró reconocer en Ramírez (p.531). Por su parte, Cristián Gazmuri (2009), sin entregar ningún tipo de antecedentes, sostuvo que “a Segall le faltaba conocimiento histórico y tergiversó, malinterpretó o inventó frecuentemente hechos” (p.470).

26 En la revista *Principios* (1956) que hizo una pequeña reseña de este libro, se señalaba que el libro de Ramírez venía a subsanar en parte lo que se manifestó en el X Congreso del PC de 1956 respecto a la “aguda falta” que había sobre estos temas; “investigaciones [seguía la revista], llevadas a cabo con el método filosófico materialista dialéctico.” Se agregó en la misma, que “esta nueva obra no limitaba a dar el cuadro económico, sino que lo complementa con el panorama sociológico y político; la aparición de la clase obrera, sus primeras luchas, su transformación de una clase en sí, en una clase para sí, la maduración de su ideología, la creación de formas organizativas propias y nuevas y la irrupción del pensamiento socialista en todos los ámbitos de la vida nacional” (p.6).

revista. Pero al observar con más atención, se desprende que predominó una defensa de sí mismo. No es que haya existido alguna norma editorial para proponer las reseñas sobre los libros que circulaban, de lo que no se tiene prueba, pero Jobet aprovechó este espacio para hacer un descargo poco habitual en este tipo de práctica, aprovechando de posicionarse en un campo que ya venía bastante tensionado.

Así, quien advirtiera las primeras palabras de la reseña, desconociendo las sentencias que Segall había hecho contra Jobet en su libro, podía suponer o imaginarse que existía cierta animadversión, pues el historiador socialista partió sin ambages, procurando resaltar al principio, lo que a veces se dejaba para el desarrollo o el final de una reseña.

Comenzó señalando algunas características del estilo de Segall desplegadas en su libro. Sostuvo que su investigación, era un estudio extenso y a veces confuso, con muestras exageradas de erudición²⁷ y tratamientos de temas ajenos a la obra, todo lo cual tornaba “sofocante y difícil su lectura”. A ello, Jobet le sumaba un “desorden metodológico” que se expresaba en reiteraciones, mezcla de tópicos donde no correspondía, abuso de referencias de Marx con “monotonía agobiadora”, citas de “largos párrafos textuales”, etc., lo que le restaba calidad a la investigación (p.329).

Luego de que Jobet analizó varios capítulos del trabajo de Segall, hizo un giro y se centró en las “críticas a los historiadores chilenos” que Segall vertió en su obra. El historiador socialista reconociendo que Segall desplegó sus críticas contra Encina, Ramírez y él mismo, expresó que “Respecto a Julio C. Jobet, sobre quien emite numerosos juicios, nos detendremos especialmente” (pp.333-334).

Ahora, tomaba una posición resuelta en su defensa. Jobet fue señalando las críticas que Segall le hizo: negarle el carácter científico a sus trabajos, ser representante de una clase social y un partido político determinado, sus abstracciones que no son propias de una concepción marxista, la “aberración teórica” cuando se refería al latifundio como semifeudal y su crítica pequeño burguesa de raigambre proudhoniana moralista (p.334).

Para defenderse de estos juicios, Jobet, afirmó con fuerza, que habían sido elaborados mientras Segall era militante del PC, razón por la cual, se creía “poseedor exclusivo de la concepción marxista. De ahí [continuó el autor descalificado], su actitud con respecto a J. C. Jobet., socialista, a quien debía colocarlo, obligadamente, en un plano subalterno y presentarlo como un desconocedor de aquella doctrina” (p.334).

Esta afirmación, para proseguir con su defensa, es interesante, pues ignoraba que Segall, ya estaba alejado de la línea oficial del PC. En *Desarrollo...*, no solo había criticado a Ramírez, compañero de partido, sino que, de pasada, la estrategia política de este sector. Jobet, sin quererlo, aprovechaba de matar dos pájaros de un tiro.

27 Lo mismo que había manifestado Orlando Millas en su crítica en *Aurora* tratada más arriba.

Por otro lado, y en relación al carácter capitalista del Chile colonial, Jobet consideró que no era correcto afirmar que desde la colonia había existido este régimen de producción, siendo de difícil aceptación incluso para el propio Segall, quien ponía ejemplos que contradecían su propia interpretación. Para el historiador socialista, este no había logrado demostrar su tesis, y los autores como Sergio Bagú y Rodolfo Puiggrós, que sostenían tesis parecidas a la de Segall, carecían de los “fundamentos serios para negar la existencia de formas y relaciones económicas semif feudales en la Colonia.” Segall, al parecer, hacía un “esfuerzo por ser audaz y original”, sentenciaba Jobet (p.335.)²⁸

Con base en lo anterior, pareciera que Jobet discrepaba fuertemente de Segall. Pero en la última parte de la reseña, intentó una reconciliación con este joven historiador. Aunque consideraba que muchos de los reparos de Segall eran injustos, “descansando en interpretaciones discutibles y en algunas ocasiones se limitan a rectificaciones banales”, como afirmaba Jobet, le reconocía dos cosas: que “las posiciones políticas son un reflejo de las contradicciones económicas y de clases” y el tratamiento analítico de las capas sociales, cuestión esclarecida “brillantemente”. Aceptaba que no se podía hacer uso de denominaciones como el de oligarquía que figuraba un bloque como si fuera monolítico (p.336).

Estos eran los reales aportes de Segall, según Jobet, pues la investigación que daba cuenta de la emergencia de esas capas y su evolución expresada en las luchas políticas, le imprimía a su estudio originalidad.²⁹ Jobet cerró la reseña manifestando que su “obra, depurada del ropaje marxista en forma de reproducciones y comentarios ajenos al devenir nacional, es de real importancia. Constituye un esfuerzo original que deberemos tener siempre presente al enfocar la verdadera evolución histórica chilena” (p.336).

b. Jobet y Segall: reconciliando posiciones

Las razones de por qué Jobet tardó tanto en responderle a Segall, se pueden extraer del último párrafo del apartado anterior, y tiene directa relación con la posición política y estratégica que adoptó el Partido Socialista (PS) luego de un periodo de discusión (Garrido, 2017): el rechazo de una alianza de clases más amplia, lo que en el fondo era el rechazo de la fase democrático burguesa que había defendido el PC, obedeciendo ello, según su interpretación, a que la burguesía, aliada al imperialismo y a la oligarquía feudal, se había transformado en una clase social incapaz de cumplir con la tarea que aquellos tiempos demandaban.

Fue justamente Jobet (1971a) quien redactó el voto político que ganó en el torneo efectuado en el XVII Congreso General Ordinario del PS en julio de 1957, el mismo año en que apareció la reseña del libro de Segall concebida por él. En aquel documento político se exponía la “inca-

28 Como se ve, Jobet, aún no compartía esa consideración que, mediante los años, aceptaría abiertamente y celebraría a Segall por su hallazgo.

29 Por cierto, Segall (1953, p.149), en ello se inspiró en *El Dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte de Marx*, a quien citó en su libro.

pacidad de la burguesía y el capitalismo para resolver las contradicciones propias del desarrollo relativo de las fuerzas productivas y de nuevas formas sociales que han impreso cambios profundos y creado una nueva realidad, que no guarda relación con la estructura semifeudal y semicolonial de estos países” (p.33).

En esas fechas, al Frente de Liberación Nacional, defendido por los comunistas, se oponía el Frente de Trabajadores (Casals, 2010, pp.47-52). Sin embargo, esta era la posición del PS ya unificado, distinto al enfoque que había tenido el PS Popular en el que militaba Jobet, que había apoyado y colaborado en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo en 1952 (Fernández, 2017), y también era distinta a la que había desplegado en el *Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile*, en 1951. Jobet había transitado a nuevas posiciones, ahora más cercanas a las de Segall.³⁰ Por lo mismo, el largo descargo del historiador socialista contra aquel, en la reseña que detallamos más arriba, no puede leerse como parte de una dinámica de enfrentamiento, sino más bien como una acción que iba en vías de conciliación en ciertos puntos que para esas horas del día eran fundamentales en la lucha.³¹ No debe olvidarse tampoco, tal como lo ha planteado Garrido (2021, p.6), que al interior del PS convivieron distintas perspectivas y entre estas, cabría destacar la de Jobet en tanto intelectual de aquel partido.³²

A los dos años de su reseña, en 1959, Jobet salió en defensa directa de Segall y de los historiadores socialistas. A través de la revista doctrinaria de su partido, *Arauco*, haciendo alusión a los estudios que se habían enfocado en el movimiento social obrero en Chile hasta esa fecha, le reprochó a Ramírez el método que el historiador comunista había ocupado en su reciente libro *Historia del movimiento obrero en Chile*: el de excluir una serie de investigaciones de la bibliografía. Ni Osvaldo Arias ni Jorge Barría ni él, todos militantes socialistas, figuraron en su obra, y un escritor desafecto para Ramírez, como Segall, agregaba Jobet, solo había sido mencionado como el “autor de unos ensayos dialécticos”, cuando este le suministró “datos de interés y numerosas orientaciones marxistas” (p.43).

Transcurriendo los años, la distancia se fue acentuando, poniéndose Segall y Jobet, por un lado, y Ramírez, por el otro.³³ Así, luego de pasar más de una década, en 1970, el historiador socialista, nuevamente se refirió a Segall, a través de un artículo que llevaba por nombre “Notas sobre los estudios históricos en Chile”. Llama la atención que el espacio destinado a la obra de Segall, en relación a la de Ramírez, fuera mucho mayor. Si a Ramírez le destinó un cuarto de

30 Él mismo (1971a), al ir relatando los distintos congresos del Partido Socialista, va dando cuenta de esa evolución.

31 Digamos sintéticamente que, así como Jobet y el PS, empezaban por rechazar la revolución democrático burguesa, acercándose el historiador socialista a Segall, este último, a su vez, se acercaba en su antiestalinismo a Jobet, principio fundamental, por cierto, del PS. Las críticas que le endilgó el PS al PC, por ceñirse a los dictados de la URSS, serán frecuentes a lo largo de todas estas décadas, lo que compartía Segall.

32 Según el propio Segall (1978), cuando apareció su libro de 1953, Oscar Waiss, destacado intelectual socialista, lo reseñó favorablemente. Y es muy probable que así haya sido, en vista de que compartían varios puntos, sobre todo, el rechazo de las alianzas de clases de carácter antagónico. Lamentablemente no se ha podido dar con aquella reseña, que seguramente apareció en una de las revistas del PS de la época. Sobre Waiss, cf., sus memorias que datan de 1986.

33 Las diferencias entre el primero y el último ya se han estudiado en detalle, diferencias palpables dadas las circunstancias de la militancia y la narrativa histórica particular que ambos utilizaron. Cf., Villar (2021).

página, a Segall, dos completas. A este último, lo presentaba como un “investigador marxista especializado en el enfoque de los problemas sociales e ideológicos de la evolución del país... el primer investigador que examina en forma sistemática el proceso capitalista chileno”, tesis que serán compartidas por Luis Vitale y André Gunder Frank, según Jobet, este último, uno de los mayores exponentes de la Teoría de la Dependencia.

No hubo juicio negativo para ninguno de los dos, pero sus palabras fueron mucho más elogiosas para Segall.³⁴ Y este último, por su parte, había cambiado por completo el tono sobre Jobet. Las descalificaciones recurrentes que se desplegaron a través de *Desarrollo...*, en esos momentos, eran transformadas en grades enaltecimientos. Se refería a este historiador (Segall, 1970) como “el excelente investigador, acucioso y paciente, que es el iniciador en Chile de la historia social, don Julio César Jobet” (p.42).³⁵ De hecho, tres años antes, en 1967, Segall publicó en la revista *Arauco*, “El mundo de la ficha-salario”, revista que había sido fundada justamente por Jobet en 1959, y en 1971, manifestaba que si bien él había descubierto el capitalismo en Chile desde la conquista, tanto Jobet como Vitale, se sumaron a esa explicación (p.8), lo que se comentará más adelante.³⁶ Por último, en este último año, en un artículo que aludió a la figura de Recabarren, aceptó la lectura de Jobet, a través de la cual, acusaba a los comunistas de haberle dado la espalda al líder de los trabajadores, recuperándolo posteriormente, solo por cuestiones políticas (Segall, 1971).³⁷

34 Jobet, en varios artículos publicados durante este periodo elogió directamente a Segall. En 1971(b), por ejemplo, se refería a la investigación sobre la ficha salario como “Notable monografía, de alto valor original, sobre el tema” o al trabajo sobre la esclavitud de los coolies como “Excelente artículo” (pp.49-57). O como esta otra calificación (Jobet, 1971b): “Segall es un investigador de inagotable curiosidad intelectual y muy erudito en todo lo relacionado con el desarrollo económico-social y el movimiento de las ideas en Chile. Ha realizado notables ‘excavaciones históricas’ sobre el tráfico de culíes; del sistema de ‘ficha-salario’ en las diversas faenas de la producción nacional; en torno al paso por Chile de ‘quarante-huitards’ y ‘communards’ ... Asimismo, ha estudiado pensadores casi desconocidos en las esferas académicas, como Abasolo, Bruner y otros, y ha detectado las más leves huellas hegelianas en el quehacer filosófico chileno” (p. 59).

35 En este mismo artículo, Segall reconoció que gracias a la gentileza de Jobet, logró relacionarse con los parientes de Jenaro Abasolo, protagonista de este estudio (p.32).

36 Cuando Luis Vitale publicó el primer volumen de su *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Jobet (1967), quien prologó el libro, sostuvo que “Luis Vitale aspira a dar una explicación realista de la historia de Chile, centrando su análisis en los procesos económicos y en los antagonismos de las clases sociales a lo largo del desenvolvimiento patrio. En este aspecto, su intento posee innegable originalidad; la bibliografía histórica del país apenas registra algunos tímidos ensayos y el valioso volumen de Marcelo Segall: ‘Desarrollo del Capitalismo en Chile’, en cuanto a la utilización del método del materialismo histórico para lograr la correcta comprensión del devenir nacional” (p.7). El propio Segall (1978), manifestó que el acercamiento a Vitale se dio luego de la publicación de *Desarrollo...*, en vista de que compartían algunos enfoques como el del capitalismo originario desde la conquista misma. Ya en 1961, Segall, con una amistad consolidada, presentó una semblanza sobre Vitale en su libro *Ensayo de historia del movimiento obrero chileno*, inscribiendo al historiador de origen argentino llegado a Chile en 1954, al interior de “una nueva generación revolucionaria que abre camino y crea un frente intelectual y político” y como parte de “jóvenes que descubren en el pasado y en los hombres de hoy una ruta para el futuro”. Por su parte Vitale (1966), en su artículo “América Latina: ¿Feudal o capitalista? ¿Revolución burguesa o socialista?”, sostuvo que era deudor, entre otros autores, de Marcelo Segall (p.6). Para la trayectoria de Vitale, cf., González Monarde (2019).

37 En 1956 la revista *Aurora* divulgó una reseña sobre el libro de Jobet, Recabarren. *Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, firmada por un tal F. Ortiz, sin duda, el joven historiador y militante comunista Fernando Ortiz. Este, expresó que aquel libro no podía considerarse dentro del “género del verdadero estudio histórico”, ya que se resentía por la “insuficiencia de la investigación y la falta de sentido crítico para examinar el desarrollo de la clase obrera.” Esta afirmación, se debía a que Jobet había utilizado una supuesta negación del legado de Recabarren fijada en una resolución llevada a cabo en el Congreso del Partido Comunista de 1933. Si este partido, reivin-

4. Marcelo Segall: la disputa permanente

No hubo pasaje en el cual Segall no hiciera referencia indirecta a algunos de los intelectuales del PC, siendo su descontento e interés permanente frente a la orientación ideológica, el tipo de historiografía y los teóricos del marxismo que estos difundían.³⁸ A más de quince años de haber publicado *Desarrollo del capitalismo en Chile*, en 1968(a), en un pequeño artículo de una página aparecida en la revista anticomunista *P.E.C.*, volvió a evocar la importancia que había tenido su libro en el medio cultural y político, sin dejar de mencionar y recordar el “odio y el inmediato ataque de los ‘comunistas oficiales’ en base a insultos, calumnias y adjetivos stalinianos” del que había sido objeto por esos años, identificando a uno de estos militantes: “el más charlatán, un tal Millán o Millas”. Como se observó, Orlando Millas, fue quien criticó a Segall en *Aurora*, según sus palabras, por haber tergiversado la historia y haber sido un trotskista al servicio del imperialismo cultural estadounidense.

La fórmula empleada por Segall, si bien se morigeró con el correr del tiempo, mantuvo el tono polémico y el afán por tomar distancia de los comunistas. Segall, en su artículo “Biografía de la ficha salario”, publicado en 1964, señaló que el tema de la importación de mano de obra de coolies tratado por él en *Desarrollo...*, lo continuó Ramírez en su libro *Historia del movimiento obrero en Chile*, tres años después, “sin señalar a su predecesor” (p.106), que era justamente Segall; idéntica crítica respecto a la que le hizo Jobet, por cuanto se suponía que Ramírez deliberadamente omitía los trabajos del resto de historiadores de las izquierdas que no pertenecían al PC.

El propio Segall en 1958, respecto a lo anterior, había preparado una réplica a este libro de Ramírez, en un artículo que hasta ahora se encontraba inédito, en el que iba a ser mucho más directo y frontal respecto a lo que había sostenido en la investigación recién rotulada de 1964. Si bien no se refirió directamente a Ramírez, no cabe duda que las siguientes palabras iban dirigidas contra el historiador comunista. Dijo así Segall (1958):

Un prosélito de Stalin, en una pretendida historia del movimiento obrero, con el afán de revisar el materialismo histórico, omitiendo la lucha de clases, aún en su forma literaria, de lucha de ideas, ha creído aportar un gran descubrimiento colocando una lista de libros llegados al país, sobre socialismo. En cambio, omite discutir las ideas de la época. Mejor dicho, las ignora. La razón de su incultura es la línea deformadora de solo ver la lucha de clases en el siglo XX y apenas

dicaba a Recabarren, no lo hacía más que por motivaciones y oportunismo político, según Jobet. Ortiz, por su parte, le enrostraba que, si se había propuesto superar la ideología del líder del movimiento obrero, tal como Recabarren había evolucionado en sus concepciones, se debía a que la clase obrera por derecho podía discriminar acerca de la herencia de este, sin que ello significase menospreciar o subestimar su figura. Ortiz, enfatizó en lo siguiente: “Aparece así en las páginas del esbozo biográfico un dirigente obrero ya formado desde sus primeras luchas, con clarividencia excepcional del suceder histórico, sin altos ni bajos; en suma, un héroe ejemplar. La verdad histórica es distinta. La vida de Recabarren y su pensamiento sufren una constante evolución; confrontando sus concepciones con la realidad y las experiencias de la clase obrera en el país y fuera de él, perfecciona sus armas ideológicas y se va acercando cada vez más a una concepción justa, marxista, de nuestra sociedad” (pp.100-103).

38 Para la evolución del PC entre 1952 y 1970, cf., Casals (2010) y Daire (2009).

entre el imperialismo y el nacionalismo ... Desde luego, se debe comprender que mi toque de alarma no está relacionado con ese 'historiador' sino con la revisión reformista que da el enfoque partidista de la corriente representada por ese conocido saqueador de memorias inéditas.

Sus omisiones corresponden directamente a la de sus admiradores stalinistas. Así como ellos omiten el nombre de Trotsky en la historia de la Revolución Rusa como líder militar, el omite a los autores que saquea.³⁹

La gran aprensión que tenía con los comunistas, era que estos, como ya se vio en la primera parte, no seguían el verdadero marxismo integral y humanista, reduciendo todo al economicismo determinista, cuyas implicancias políticas conducirían por caminos equivocados. Hablando de Paul Lafargue y su relación con el marxismo latinoamericano, no desaprovechó el espacio para poner a este revolucionario frente a una tradición del marxismo, asociada con el comunismo estalinista:

No ignoramos que su trayecto intelectual [el de Lafargue] no es de un dialéctico materialista absoluto; pero su vida es una refutación a una serie de conceptos mecánicos que se atribuyen al marxismo y son propiamente antimarxismo. Estos conceptos son los difundidos y aplicados por ciertos miembros de determinada escuela de historiadores que entregan el predominio absoluto en el proceso revolucionario moderno a los elementos básicos –las clases sociales y sus luchas, la economía y la técnica- en desmedros de los elementos mediadores. Es una manera de transformar el todo histórico en una simple mecánica social determinista donde solo actuarían los factores indicados y no se da mayor fuerza e importancia al individuo, a su conciencia, a la ideología, a las peculiaridades específicas y típicas del país, a la psicología y la tradición (Segall, 1970, p.30).

Segall (1962) insistió bastante en esto en sus trabajos y, cada vez que podía, endosaba el tipo de lectura mecanicista a este sector político, sin mencionarlo abiertamente. Expresaba que cuando el “historiador social sigue la línea tendencial estática o mecánica compromete la objetividad, desorientando a sus lectores no especialistas”. Al referirse a las investigaciones en curso sobre el movimiento obrero nacional, por citar un caso, afirmaba que aquellas investigaciones daban la impresión de que no se había desarrollado una lucha violenta por parte de los trabajadores antes de la primera mitad del siglo XIX, evidenciando solo “huelgas aisladas” después de ese corte temporal. Para Segall, esa aproximación estaba condicionada por una errónea suposición que impedía mirar más allá de esas fechas, debido a que no había una industria propiamente tal, deduciéndose de ello que no existía una “concentración de trabajadores industriales suficiente para una lucha social moderna” (pp.193-195). Sin lugar a dudas, estas consideraciones estaban dirigidas a libros como *Historia del movimiento obrero en Chile. Siglo XIX*, de Ramírez o a la Memoria de Prueba, *La cuestión social en Chile. Antecedentes, 1891-1919*, de Fernando Ortiz.

39 Como este artículo fue un manuscrito, corregimos ciertos errores de tipeo para hacer fluida su lectura (Segall, 1958).

Pero también le endosó ese enfoque mecánico a Álvaro Jara, quien a esas alturas se había distanciado del PC, y en su perspectiva historiográfica, había asumido algunos postulados de Fernand Braudel, luego de haber retornado de Francia a inicios de los años sesenta. A Jara, podía inscribirse en una historia estructuralista por sus trabajos de historia económica, mas, acusarlo de estar imbuido por la historiografía que promovía el estalinismo, señala cierto desconocimiento por parte de Segall. Tanto era así, que este último (1978b), en la introducción que estaba preparando para la segunda edición de *Desarrollo...*, la que nunca apareció, pero que venía anunciándose desde 1962, por lo menos, sostuvo que la absurda tesis feudal estalinista sobre América, de la que también dudó Trotsky, era defendida por Álvaro Jara y otros. Como bien destacó Enriqueta Quiroz (2012, pp.18-20), Jara prefería hablar de sociedad señorial, lo que en su concepción no era lo mismo que decir feudal.⁴⁰

Como fuese, Segall (1970) oponía a esa ruta que consideraba errada la que él entendía como la realmente marxista, cuyas raíces se podían hallar en la dialéctica hegeliana. Llegó incluso a sostener que había una evolución casi lógica desde que el “historicismo dialéctico” había arribado a América Latina durante el siglo XIX, especialmente en Argentina, desembocando en su última expresión, en Ernesto Guevara. Así, en sus palabras afirmaba que en “la ruta que va de Hegel a Marx (...) [h]ay una continuidad dialéctica e histórica entre Echeverría, Sarmiento, Juan B. Justo, Aníbal Ponce y Ernesto Guevara” (p.31).

Segall (1968a), a esas alturas del juego político, contaba con un ejemplo vivo de acción revolucionaria⁴¹, el que respecto a Chile lo identificaba con el MIR, a quienes les había dado su apoyo.⁴² No solo se había sumado a lo que se conocería como la “nueva izquierda”, sino que había sido un promotor en la formación de la misma, ya desde la década de los cincuenta, cuando empezó a distanciarse del estalinismo, con todos los matices que ello merece.⁴³ Las críticas al etapismo, el proceso gradual y la colaboración de clases antagónicas que levantó Segall en su libro de 1953, contra la línea política oficial del PC, y que seguía manteniendo en 1971, en plena Unidad Popular⁴⁴, habían tomado cuerpo en un movimiento organizado y se reforzaban con una serie de estudios sociológicos propios de la época, encumbrados, principalmente, por los teóricos de la dependencia y cuya mejor expresión de lucha había sido la Revolución Cubana (Lozoya, 2020).

40 Por esas fechas, en 1966, Álvaro Jara, renovando profundamente la historia económica, había publicado su libro *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*.

41 El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, fundado en 1965, por ex militantes de la izquierda histórica propuso la lucha armada como vía para alcanzar el socialismo, luego de que las experiencias electoralistas y colaboracionistas, se vieran como obstáculos para aquel objetivo. En ese sentido, la Revolución Cubana y el guevarismo, venían a ser la constatación de que ese camino era posible frente al gradualismo que defendían algunos partidos de la izquierda. Cf., Goicovic (2015).

42 Como se sabe, las relaciones entre el MIR y el PC no fueron de las mejores. Millas, quien mantuvo una fuerte tensión con Segall, fue también un gran polemista contra aquel movimiento. Cf., Lovera (2020, pp.180-185).

43 Para la “nueva izquierda”, cf., Lozoya, (2020).

44 A Segall (1971), le preocupaba que un estudio del historiador soviético V. Ermolaiev tuviera tanta difusión en América Latina, pues, ayudaba a reforzar la lectura feudal del continente, dejando “de señalar la originalidad del proceso histórico” de aquellas tierras. Este historiador, en palabras de Segall, presentaba “una fantasmagórica repetición del curso medieval de Europa, un fantástico feudalismo latinoamericano”, agregando que ello, servía para “justificar trasplantes tácticos partidarios, pero que deja inexplicables los aspectos verdaderos y mayores del curso social y político” (p.31).

De hecho, la revista *Punto Final*, que mantuvo un gran vínculo con los jóvenes miristas, revisa en la que, que dicho sea de paso, colaboró Segall en varias ocasiones,⁴⁵ además de enfrentarse de modo constante con los comunistas, cuestionaba la estrategia que estos seguían defendiendo hace ya varias décadas. Para *Punto Final* (1968a, pp.1-8), en un artículo que llevaba por título “¿Y todavía la burguesía nacional?”, la experiencia histórica y la lucha contingente demostraban algo muy distinto a lo planteado por esta tienda política, sobre todo, por el comportamiento de las llamadas burguesías nacionales, con lo que se descartaba la vía capitalista para lograr el socialismo.⁴⁶

Segall, en 1971, podía asegurar que sus esfuerzos interpretativos y su lucha por el establecimiento del método materialista no habían sido del todo en vano. Enfatizó, diciendo que, si bien Trotsky había sido el “formador de la corriente innovadora de la historia social latinoamericana” y había ayudado a romper con “el mito del feudalismo medieval trasplantado a la América Latina”, como ya se mencionó, fue justamente él mismo en Chile, siguiendo sus propias palabras, quien en 1953 “descubrió la fusión del capitalismo de acumulación primitiva de los conquistadores con las sociedades andinas hasta formar un desarrollo americano específico del capitalismo” (p.8).⁴⁷

No obstante lo anterior, no pasarían más de dos años para que aquel debate se suspendiera, debido a las fuerzas de las armas del enemigo que se imponían en 1973, no solo frustrando los anhelos de estos sectores e individuos, sino que dejando aún en la incógnita quiénes tenían la razón en dicha querrela política e ideológica labrada en el curso de varios años.

Consideraciones finales

Como se ha observado en estas líneas, las relaciones entre los historiadores, comúnmente denominados “marxistas clásicos”, que irrumpieron a mediados del siglo XX, no fueron siempre cordiales. Emergieron en tiempos política e ideológicamente intensos, en los que el “horizonte de expectativas”, hacía posible pensar y proponer transformaciones sociales y económicas a una gran escala. Tiempos en que el fin de la Segunda Guerra Mundial, le había revelado al mundo una serie de pueblos y naciones que buscaban la autonomía y la independencia y cuyos ánimos implicaron nuevas lecturas e interpretaciones históricas, con el fin de suministrar las bases para organizar las estrategias y la lucha política. En especial, desde las izquierdas, el marxismo vino a

45 En una de estas, Segall (1968b), publicó una carta para defenderse de unas acusaciones aparecidas en el libro *Chile Invadido. Reportaje a la intromisión extranjera*, del periodista y militante comunista Eduardo Labarca (1968) que lo vinculaba con el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI), el que mantenía relaciones con la Fundación Ford. Por su parte, Segall, entre otras cosas, expresaba que los ataques a sus “trabajos habían sido permanentes y jamás con argumentos o ideas, sino con insultos y calumnias” (1968b, p.26).

46 *Punto Final*, fundada en 1965 e inserta en el universo conceptual de la “nueva izquierda”, se identificó fundamentalmente con la Revolución Cubana y el guevarismo, por lo cual criticó el colaboracionismo y electoralismo que veía, principalmente, en los comunistas. Sobre esta revista cf., Fernández (2011).

47 Para coronar esto, quizá no estaría de más señalar que Enrique Reyes Navarro (1973), en su libro *El desarrollo de la conciencia proletaria en Chile*, publicado unos meses antes del golpe de Estado de 1973, reconoció a Segall como el historiador marxista más importante del país, quien, por lo que se desprende de las propias palabras de Reyes y a lo largo de su libro, fue una fuente de inspiración para el autor. Reyes, además, afirmó que Luis Vitale (1967) en su libro *Interpretación marxista de la historia de Chile*, retomaba, especialmente, la concepción dialéctica que había iniciado Segall en 1953. Reyes, del mismo modo, asumía la teoría del desarrollo desigual y combinado de Trotsky (pp.27 y 33).

constituir un elemento fundamental para lo anterior. Pero las mismas luchas internas, las experiencias históricas y el avance de las ciencias sociales, condimento no menor, posibilitaron la entrada de varios marxismos. He aquí, uno de los grandes dilemas para las izquierdas del siglo XX.

En este artículo, se intentó seguir esa huella a partir de la confrontación y, a ratos también, de la reconciliación entre distintos historiadores representativos de este campo, pero tomando a Marcelo Segall de modo preferente. Ello, porque hasta la fecha, se ha destilado poca tinta sobre un historiador que tuvo su momento por más de un cuarto de siglo, momento solo abortado por el Golpe de Estado de 1973, lo que, por cierto, afectó a todos estos en su conjunto. Segall, después de esa fecha, se vio obligado a partir al exilio.

Este intento, constituye uno de los primeros enviones, a través del cual, se pudo bosquejar una historia que resultó ser bastante intensa entre los historiadores, y militantes y colaboradores de un mismo sector ideológico, sobre todo cuando tenían que salir al ruedo político e ideológico y esgrimir sus puntos de vista haciendo uso de los lenguajes disponibles y en pugna.

Pese a lo anterior, aún falta por recrear y establecer una historia de los historiadores, tarea por lo demás de gran aliento, si se quiere dar cuenta de toda esa fecunda dinámica. Segall, militante comunista, con su libro *Desarrollo del capitalismo en Chile*, tomó distancia de la línea oficial de su partido y del marco ideológico del estalinismo al que había adherido en su juventud. Su acercamiento a nuevas posibilidades interpretativas al interior del marxismo y su lucha por aquella legitimación, lo condujeron a mantener activas las rencillas con sus excompañeros. Todo lo cual, se asentaba en una lucha mayor, que era la de dotar con los elementos teóricos necesarios al proletariado para emprender el tránsito a una nueva sociedad. Fue esta, una inquietud constante de Segall, lo que lo impulsó a abrirse siempre a nuevas lecturas e interpretaciones, asunto que se puede ver en sus distintos escritos, pero que demanda ser profundizado en otra parte. Pronto aparecerán aquellos intersticios que permitan ampliar la mirada sobre este historiador que es mucho más compleja respecto a lo que se ha dicho de él hasta hoy.

Referencias bibliográficas

Documentos

- Segall, M. (1978a). *Memorias de un santiaguino*, 1978a. En M. Segall Rosenmann Collection, ID ARCH01300, 266-270, International Institute of Social History, Ámsterdam, Holanda.
- Segall, M. (1978b). *Introducción a la segunda edición de Desarrollo del capitalismo en Chile*. En M. Segall Rosenmann Collection, ID ARCH01300, 266-270, International Institute of Social History, Ámsterdam, Holanda.
- Segall, M. (1958). *Introducción del socialismo*. En M. Segall Rosenmann Collection, ID ARCH01300, 278, International Institute of Social History, Ámsterdam, Holanda.

Periódicos y revistas

- *Arauco* (1959)
- *Aurora* (1954-1956)

- *El Siglo* (1953-1954)
- *Principios* (1952-1956)
- *Punto Final* (1966-1968)

Bibliografía

- Alburquerque, G. (2011). *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariadna ediciones.
- Alburquerque, G. (2020). *Tercermundismo y No alineamiento en América Latina durante la Guerra Fría*. Valparaíso: Ediciones Inubicalistas-Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso.
- Bagú, S. (1949). *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América Latina*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Bazant, J. (1950a). Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México. En *El Trimestre Económico* (N° 65), 81-98.
- Bazant, J. (1950b). Reseña a Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial: ensayo de historia comparada de América Latina*. Buenos Aires: Librería 'El Ateneo' Editorial. 1949. Pp.300. En *El Trimestre Económico* (N°65), 135-137.
- Bazant, J. (2019). *Jan Bazant en tres tiempos. Historia, viajes y orquídeas, Selección y prólogo de Anne Staples*. México: El Colegio de México.
- Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las 'Teorías de la dependencia'. En Beigel, et.al., *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (287-326). Buenos Aires: CLACSO.
- Bourdieu, P. (2002). *Campos de poder, campo intelectual*. Tucumán: Editorial Montessor.
- Casals Araya, M. (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y la construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo",1956-1970*. Santiago: Lom Ediciones.
- Coggiola, O. (2006). *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- Corvalán. L. (1971). *Ricardo Fonseca. Combatiente ejemplar*. Santiago: Editora Austral.
- Daire T., A. (2009). La política del Partido Comunista de la post-guerra a la Unidad Popular. En Varas, A., Riquelme, A., y Casals, M., (eds.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente* (124-136). Santiago: Catalonia.
- de Luigi, J. (1953). *Marxismo y antimarxismo*. En *El Siglo*, Domingo 29 de noviembre, s/p.
- Devés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago: Instituto de Estudios Avanzados-Universidad de Santiago.
- Elgueta, B. (1997). *La cara oculta de la historia. El legado intelectual de Julio César Jobet*. Santiago: Factum Ediciones.
- Ercilla (1953). *Ex industrial desmonta el capitalismo*. En *Ercilla* (N°967),12-13.
- Fernández Abara, J. (2017). *Nacionalismo y Marxismo en el Partido Socialista Popular (1948-1957)*. En *Izquierdas* (N°34), 26-49.

- Fernández G. M. (2011). Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista Punto Final entre 1965-1973. En *Tiempo Histórico* (N°2), 65-84.
- Furci, C. (2008). *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Garrido, P. (2017). Un Frente de Trabajadores comandado por la clase obrera: El Partido Socialista Popular y las definiciones iniciales en torno a la política del Frente de Trabajadores, 1946 – 1957. En *Izquierdas* (N°35), 233-259.
- Garrido, P. (2021). *Clasistas, antiimperialistas y revolucionarios. Trayectoria política e intelectual del socialismo chileno contemporáneo. 1932-1973*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Gazmuri R., C. (2009). *La historiografía chilena (1842-1970), Tomo II (1920-1970)*. Santiago: Taurus.
- Goicovic Donoso, I. (2015). El desarrollo del movimiento popular y el surgimiento de la Izquierda Revolucionaria en Chile (1953-1978). En *Revista Tempo e Argumento* (N°16), 31-55.
- Gómez, M. S. (2010). Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952). En Varas, A., Riquelme, A., y Casals, M., (eds.), *El Partido Comunista en Chile. Una historia presente (75-120)*. Santiago: Catalonia.
- González, M. A. (2019). Los estudios historiográficos en la Universidad Católica de Chile. Aproximación histórica a la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas y de la revista *Historia*, 1954-1970. En *Cuadernos de Historia* (N°50), 75-102.
- González, M. A. (2020). Reseñando a la historiografía marxista. El caso de la revista *Historia de la Universidad Católica*, 1961-1970. En *Izquierdas* (N°49), 1281-1296.
- González, M. A. (2021). En torno a la suscripción de un libro polémico: Desarrollo del capitalismo en Chile, de Marcelo Segall. En *Divergencia* (N°16), 128-153.
- González Monarde, S. (2019). Trayectoria de vida y redes intelectuales en Luis Vitale: Argentina, Chile y el exilio. En *Palimpsesto* (N°15), 108-134.
- Grez, S. (2007). De la “regeneración” del pueblo a la Huelga General de 1890. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). Santiago: Ril editores.
- Grez, S. (2019). *Historiografía, memoria y política. Reflexiones desde el oficio del historiador*. Valparaíso: Editorial América en movimiento.
- Hernández, J. (1953). Desarrollemos el Frente de liberación nacional. En *Principios* (N°21), 1-4.
- Jobet, J.C. (1955a). *Los precursores del pensamiento social en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Jobet, J.C. (1955b). *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*. Santiago: PLA.
- Jobet, J.C. (1957). Desarrollo del capitalismo en Chile, de Marcelo Segall. Editorial del Pacífico. Santiago, 1953. En *Anales de la Universidad de Chile* (N°106), 329-336.
- Jobet, J.C. (1959). Estudios históricos sobre el movimiento social obrero de Chile. En *Arauco* (N°3), 39-44.
- Jobet, J.C. (1967). Prólogo. En Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Tomo I (7-20). Santiago: PLA.

- Jobet, J.C. (1970a). Notas sobre los estudios históricos en Chile. En *Revista de Ciencias Sociales* (N°1), 89-135.
- Jobet, J.C. (1970b). Ensayos recientes sobre la evolución de Chile. En *Occidente*, (N°215), 49-57.
- Jobet, J.C. (1971a). *El Partido Socialista de Chile*, Tomo II. Santiago: PLA.
- Jobet, J.C. (1971b). El ensayo filosófico-social en Chile. En *Occidente* (N°226), 51-61.
- Labarca Goddard, L. (1968). *Chile Invadido. Reportaje a la intromisión extranjera*. Santiago: Editora Austral.
- Ljubetic P. y Ortiz, M., (1954). Estudio sobre el origen y desarrollo del proletariado en Chile durante el siglo XIX. Memoria de Prueba para optar al Título de Profesor de Estado en las asignaturas de Historia, Geografía y Educación Cívica: Instituto Pedagógico-Universidad de Chile.
- Lovera, P. (2020). *Luciano Cruz Aguayo. Como una ola de fuerza y luz*. Santiago: Editorial Pehuén.
- Löwy, M. (2007). *El marxismo en América Latina. Antología, desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago: LOM Ediciones.
- Loyola Tapia, M. (2012). "Los destructores del partido": notas sobre el reinosismo en el Partido Comunista de Chile, 1948-1950. En Ulianova, O; Loyola M., y Álvarez, R. (editores), *El siglo de los comunistas chilenos, 1912-2012* (241-280). Santiago: Ariadna Ediciones.
- Lozoya, I. (2020). *Intelectuales y revolución. Científicos sociales en el MIR chileno (1965-1973)*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Millas, O. (1954). La lucha por la verdad en la historia de Chile. En *Aurora* (N°1), 60-69.
- Moreno, N. (2015). Cuatro Tesis sobre la colonización española y portuguesa en América. En Nahuel Moreno, *Feudalismo y capitalismo en la colonización americana*. Buenos Aires: Ediciones El socialista.
- Ortiz Letelier, F. (1956). *La cuestión social en Chile. Antecedentes 1891-1919. Memoria de Prueba para optar al título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica: Instituto Pedagógico-Universidad de Chile*.
- Ortiz, F. (1956). 'RECABARREN: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos'. *Prensa Latinoamericana*. Santiago, Chile, 1955. (Julio César Jobet). En *Aurora* (N°7), 100-103.
- *Política y Espíritu* (1954). *Desarrollo del capitalismo en Chile.- Marcelo Segall.-Editado por el autor*. Santiago.- 1953. En *Política y Espíritu* (N°110), 24-27.
- *Principios* (1956). Un libro sobre el movimiento obrero chileno. En *Principios* (35), 6.
- *Punto Final* (1968a). ¿Y todavía la burguesía nacional? En *Punto Final* (N°58), 5.
- *Punto Final* (1968b). La burguesía nacional. Suplemento. En *Punto Final* (N°61), 1-8.
- Quiroz, E. (2012). Una revisión historiográfica en torno al nombre de Álvaro Jara: A modo de introducción. En Quiroz, E., (coord), *Hacia una historia latinoamericana: homenaje a Álvaro Jara* (13-44). México: Instituto Mora.
- Ramírez Necochea, H. (1951). *La Guerra Civil de 1891. Antecedentes económicos*. Santiago: Editora Austral.

- Ramírez Necochea, H. (1988). Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes siglo XIX. Concepción: Ediciones LAR.
- Reyes Navarro, E. (1973). El desarrollo de la conciencia proletaria en Chile. El ciclo salitrero. Santiago: Editorial Orbe.
- Rojas Flores, S. (2020). El funeral de Fonseca: Estrategias políticas en la ilegalidad comunista, julio de 1949. En Cuadernos de Historia (N°53), 77-112.
- Schlez, M. (2020). Modos de producción en América Latina. Un mapa para un debate permanente. En Marchena, J., et. al. (coords.), El debate permanente. Modos de producción y revolución en América Latina (27-140). Santiago: Ariadna Ediciones.
- Segall, M. (1953). Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos. Santiago: S/E.
- Segall, M. (1961). Luis Vitale. En Luis Vitale, Ensayo de historia del movimiento obrero chileno. Santiago: POR.
- Segall, M. (1962). Las luchas de clases en las primeras décadas de la República. En Anales de la Universidad de Chile (N°125), 175-218.
- Segall, M. (1964). Biografía social de la ficha salario. En Mapocho (Tomo II, N°2). 97-131.
- Segall, M. (1967). El mundo de la ficha-salario. En Arauco (N°87), 17-36.
- Segall, M. (1968a). Respuesta a Martín Cerda. En P.E.C. (N°296), s/p.
- Segall, M. (1968b). ¿Denuncia o persecución? En Punto Final (N°70), 26.
- Segall, M. (1970). Ideas, personajes y presencia filosófica de la olvidada escuela hegeliana chilena. En Boletín de la Universidad de Chile (N°104), 28-42.
- Segall, M. (1971). La commune y los excommunards en un siglo de América Latina. En Boletín de la Universidad de Chile (N°109-110), 5-45.
- Skinner, Q. (2007). Lenguaje, política e historia. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Staples, A. (2013). Obituario. Jan Bazant Nedoluha (1914-2012). En Historia Mexicana (Vol.63, N°1), 511-530.
- Tagle, J. (1954). Crítica literaria: Desarrollo del capitalismo en Chile, de Marcelo Segall. En Polémica (N°4), s/p.
- Trotsky, L. (2001). La revolución permanente. Buenos Aires: Fundación Federico Engels.
- Villar, G. (2021). Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973). Santiago: Editorial Universitaria.
- Vitale, L. (1966). América Latina: ¿Feudal o capitalista? ¿Revolución burguesa o socialista? En Estrategia (N°5), 1-14.
- Vitale, L. (1967). Interpretación marxista de la historia de Chile, Tomo I. Santiago: PLA.
- Waiss, O. (1986). Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970. Madrid: Centros de Estudios Salvador Allende.